

FASCINACIÓN

Fascinado veía el vidrio y a través de él a la gente, mujeres y hombres, también un niño que no pudo reconocer por más que quería. El cristal se empañaba de cuando en cuando lo que le impedía ver a los que llegaban, ya que todo el tiempo la gente seguía entrando a su casa y circulando frente a él. A varios de ellos sí reconoció, cómo no lo iba a hacer si entre ellos estaba su mujer, sus hijos, sus amigos. Pero muchos otros le resultaron desconocidos. Eso sí, todos se acercaban a él, lo contemplaban un momento y después se iban. Ninguno le hablaba, ninguno le tendía la mano para saludarlo.

El miedo del principio se fue trasformando poco a poco en resignación. Qué gano con desesperarme, se dijo, no puedo ni gritar ni hacer nada, lo mejor es aceptar las cosas como vienen.

Ese no era su carácter habitual. Qué iba a aceptar las cosas como vinieran, las cosas tenían que ser como él decidiera. Su hijo le avisó que quería estudiar pintura. El contestó que no, que iba a estudiar contabilidad y ahora es un contador de éxito, que gana mucho. Su hija le pidió que aceptara a Matías como su marido. Él río de la propuesta contestándole que se iba a casar con Antonio. Ahora tienen tres hijos y son muy felices. Su mujer, Marta, le pidió que le permitiera estudiar una carrera ya que los hijos se habían casado y vivían ellos dos solos. Recuerda, le dijo, que eres mi esposa y tienes la obligación de atenderme a mí y a tu casa, nada de carreras ni de otras cosas. En el trabajo todos hacían lo que él mandaba, no faltaba más.

El que no le obedecía y reaccionaba a sus órdenes y excesos era su cuerpo. Por él lo hubiera cambiado por otro, otro más flexible, más aguantador. El suyo era una porquería. Si comía de más respondía inflando el vientre, llenándose de gases, produciéndole dolores que le impedían dormir. Si bebía más de unas cuantas copas tenía nauseas, cefaleas intensas. Si le hacía el amor a una de sus secretarias que nunca se atrevían a decirle que no, terminaba con dolor de todo el cuerpo y una sensación de asco que no se podía quitar. Le fallaban los ojos, los oídos. Los dientes hace mucho que se los habían sacado.

La realidad que no era viejo pero así se veía. Apenas había cumplido sesenta y tres años de vida. No es tanto para tener un cuerpo como el suyo. Por supuesto que a los que culpó en primer lugar fue a sus padres. Nunca le gustaron, se le hacían poca cosa

para él. En segundo lugar culpó al país, un país de gente chaparra y mal hecha. Si hubiera nacido en Suecia o Dinamarca otra cosa hubiera sido su vida. Después culpó a todos, a su mujer por darle una alimentación que lo tenía hecho un cerdo de gordo, a sus hijos por darle tantas preocupaciones, a la empresa por obligarlo a trabajar más de lo que deseaba. Culpaba a todos menos a él. Cómo se iba a culpar si él era perfecto o casi perfecto. Esto último lo decía siempre a sus amigos riendo, pero en el fondo creyéndolo a pie puntillas.

Lo primero que sintió ayer fue una sensación de mareo que fue seguido por un enfriamiento de sus manos, sus pies, de todo el cuerpo. Quiso mover la mano para cubrirse con el cobertor, no pudo, la mano no le respondía. La mano derecha. Quiso mover la izquierda y tampoco. Imposible mover las piernas o los brazos. ¡Qué carajos me pasa! ¡Marta, Marta! ¡Despierta! Pensó que había dicho o más bien gritado estas últimas frases pero la realidad de que de su boca no salían sonidos. Bueno, sonidos sí, palabras no.

Me estoy quedando paralítico, se dijo aterrado. Debo tener un derrame cerebral. Eso lo sabía pues su hermano Arnulfo de eso había muerto no hace mucho. Pero si tuviera un derrame no pudiera pensar y estoy conciente de lo que me sucede. ¿Y si mi hermano también estaba conciente de lo mismo y no lo podía comunicar como a mí me está pasando? Trató inútilmente de llamar nevamente a su mujer o levantarse para llamar a Emergencias de algún hospital. Lo que logró, con mucha dificultad, fue vomitar un poco de líquido amarillo y amargo. Muy amargo, se dijo.

El día presente empezó con gritos de su mujer al verlo tumbado en la cama sin poder moverse, sin poder hablar. Gritos y telefonazos. Llegada de la ambulancia y dos doctores. Su hija llegó cuando salía rumbo al hospital. Ella también gritó y lloró. Al hijo no lo localizaron en esas primeras horas del día. Había ido a la Universidad a dar una clase de contabilidad. Ya más tarde llegó al cuarto piso donde está terapia intensiva. El no lloró ni gritó como su madre y hermana. Fue más práctico. Se preocupó de los pagos, del dinero que estaba en el banco, de tener presente el lugar donde su padre guardaba el testamento. Nunca se sabe, dijo a sus familiares.

Tres horas después lo declararon muerto. ¡No lo estoy!, trató inútilmente de decir, de gritar. No pudo.

Ahora está en la caja. Frente a su cara el cristal que se empaña de cuando en cuando. Sigue con la esperanza de que alguien se de cuenta de esto, de que aún respira, débilmente, pero respira.

Su propia esposa fue la que cerró la tapa después de depositar un beso frío en el frío cristal.

De la impresión se desmayó. No escuchó cuando empezaron a arrojar tierra sobre su ataúd.

Tomás Urtusástegui

Abril 2007